



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

41 – Ibrahim se escapa de nuevo

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 41 – Ibrahim se escapa de nuevo



El-Zâher confió la vigilancia del cautivo a Saad y a algunos de sus Baysânis. De modo que el joven se fue inmediatamente a reunirse con su primo.

– ¡Buenas tardes, hermanito mío! –le lanzó Saad al entrar en la tienda. Qué tal, Panza Búfalo, ¿te va todo como querías? ¿la moral alta?

– ¡Déjame en paz, Saad! –gruñó Ibrahim– ¡Esta tarde no estoy para bromas!

– Pues mira, ¡si esto le hubiera pasado a cualquier otro, en lugar de a ti, ahora estaría muerto de vergüenza! pero tú; ahí estás, tan tranquilo; bien comido y bien servido... En fin, es natural, tú siempre fuiste de temperamento apacible, de no ser así, jamás habrías tenido la paciencia de dejar crecer tu barrigón.

– ¿Por qué me dices eso? –se extrañó Ibrahim–

¿Qué hay de extraordinario en lo que me ha pasado?

– ¡Anda, ahora me vienes con esas! O sea que tú te dejas vencer por un beduino escuchimizado, y con cabeza de chorlito, del que nunca ha oído hablar nadie; rompes cuatro lanzas en el polvo y al aire, ¿y preguntas que qué es lo que ha pasado de extraño? ¡Ah, qué desgracia! ¡ser un tipo tan grandote y tan fuerte para caer tan bajo! ¡Cuando pienso que te llaman el León de Ezraa y del Horân, Paladín de Doncellas, el héroe del puente de Angobar! ¡Ah, qué lástima, qué pena, pero qué penita me das! Aunque, como se suele decir: “Gloria y reputación sin grandes hechos; nube y tormenta sin lluvia, hojas y flores sin frutos.” De todos modos, la que más tiene de qué lamentarse ahora es Nâfileh la Indomable: ¡qué dirá cuando se entere de todo esto!

Para no alargarnos más, diremos que Saad se pasó el resto del día calentándole las orejas con comentarios de ese estilo, y lo hizo tanto y tan bien, que el pobre Ibrahim llegó a lamentar, aunque un poco tarde, el estar aún vivo.

– ¡Ah, si me hubiera dejado matar por Fâtme! –pensaba Ibrahim– ¡Al final, eso habría sido lo mejor, y yo no estaría aquí soportando a este imbécil!

Cuando se puso el sol, sirvieron la cena al sultán; pero, antes de ponerse él a comer, ordenó que le proporcionaran una buena comida al cautivo.

– ¡Llevaos todo esto! –suspiró Ibrahim– Esta noche no tengo apetito.

– ¡Lleváoslo, lleváoslo! –remachó Saad– De nada sirve comer si no se está de buen humor: Panza Búfalo se ha dejado vencer por un beduino, y encima es un rebelde, ¿cómo queréis que esa comida le haga buen provecho?

Dejando a Ibrahim rumiando su amargura y su rencor, Saad se fue a la puerta de la tienda para montar guardia en compañía de cuatro *fidauis* de Baysân, no tardando mucho en quedarse dormido. A la vista de lo que hacía su superior, los otros cuatro acólitos no dudaron en seguir su ejemplo, roncando todos a pierna suelta al cabo de un rato. En cuanto a Ibrahim, atormentado por el hambre y la humillación, no podía pegar ojo. De pronto, bien entrada la noche, y mientras reinaba un silencio sepulcral en el campamento, se fijó en que alguien había arrancado un poste de la tienda de campaña y se deslizaba en el interior: era Ali Ibn El-Shayyâh, su lugarteniente. Sin pronunciar palabra, el joven rápidamente cortó las ligaduras y liberó a Ibrahim de sus cadenas.

– Ya estás sano y salvo, padre –le susurró al oído– Ojalá mi vida pueda servir de rescate a la tuya.

Los dos hombres se deslizaron fuera de la tienda, colocaron el poste en su sitio de nuevo, y se alejaron a toda prisa del campamento.

– Buena jugada, Ali; ojalá nunca me vea privado de tu presencia –se alegró Ibrahim– Pero ¿dónde te habías metido?

– Llegué aquí el día en que el sultán salió en tu persecución y puso sitio a Tiberíades: me infiltré entre los soldados, presto a intervenir si te ocurría alguna desgracia. Cuando te capturaron, pasé a la acción: eso es todo.

– ¡Que Dios te bendiga, muchacho! Ahora ve a esconderte de nuevo: no tienen que saber que has sido tú el que me ha liberado. Yo voy a hacerle una buen jugada, a mi manera, a mi hermano Saad, por ponerme la cabeza como un bombo.

Sin mediar una palabra más, Ali Ibn El-Shayyâh desapareció en la noche. Ibrahim regresó a Tiberíades, y cuando llegó a las murallas, aporreó la puerta.

– ¿Quién va? –le lanzaron los patricios desde lo alto de la muralla.

– ¡Abrid!

– Pero ¿tú quién eres, *ghandar*?

– Ibrahim.

– ¡Anda! ¿Eres tú, el hijo del Korani? ¿Pero quién te ha liberado de donde el *rey*?

– Primero ábreme, y luego te contaré todo.

– Espera un poco, tengo que pedir permiso al *babb*.

Se fueron corriendo a avisar a Tabarín, pues, desde el momento en que Ibrahim había sido capturado, Tabarín había reunido a sus hombres y se había encerrado en la ciudad, bien decidido a no volver a salir de allí; confesándole a Yauán sus temores:

– ¡Estamos perdidos, *abbone*! ¡Todo por tu culpa! –gimoteó– Y ahora ¿qué hacemos? El hijo del Korani ha caído en manos de los musulmanes, y los bandidos de las montañas¹, que él apresó, están aquí, en la ciudad. ¡Tengo miedo de que se subleven durante la noche, desenvainen sus *santa-marías*, y gritando *Wakbar*², se apoderen de la ciudad después de masacrar a toda la población!

– Que nooo, que nooo, *figlione* –le tranquilizó el monje maldito– Los bandidos han prometido no combatirnos, y en lo que respecta al *rey*, pues tengo un buen plan: mañana, te voy a drogar a todos los ismailíes; los cargas de cadenas, y se los entregas al *rey* de los musulmanes, diciendo: “El hijo del Korani se ha instalado a la fuerza en mi casa, prometiéndome que te traería preso a mis pies para que yo te ejecutara, y así tomar posesión de todas las tierras del Islam. Yo no me he atrevido a contrariarle, por temor a exponerme a su violencia; pero ahora, que me he desembarazado de él, me pongo a tus pies y te ruego que me perdones.” *Figlione*, después de esto, te garantizo que el *rey* no te dirá ni una mala palabra.

Pero esa promesa no acababa de convencer, ni tranquilizar al pobre Tabarín, que temía a la cólera de los *fidauis*, tanto o más que a la del sultán; así que esa noche no pudo pegar ojo. Estaba justamente en compañía de Yauán, Bartacûsh y el capitán Jaddûr, cuando llegaron los patricios.

– Mi *babb*, ¡el hijo del Korani ha vuelto! No sabemos cómo ha podido escaparse, pero ahí está, a la puerta de la ciudad, y pide que le dejemos entrar.

– ¡Uy, uy, uuuy! –exclamó Tabarín– Es justo lo que me temía, *abbone*: el hijo del Korani se ha reconciliado con el *rey* a nuestras espaldas. Seguro que ha vuelto para jugarnos una mala pasada: habrá prometido al *rey* entregarle la ciudad a cambio de su perdón. ¡Te lo suplico, *abbone*, sácanos de esta terrible encrucijada!

– Pero bueno, *marfûs*, ¿cómo se te ocurre temblar estando junto al *rey pappá* Yauán? –le reprochó el maldito monje– ¡Por mi religión te juro que, si hubiera necesidad de ello, me sobraría y bastaría con llamar a mis antepasados en mi ayuda, y ellos reducirían a los musulmanes a unas piltrafas tan finas, que podrían untarse por todo su territorio como mantequilla sobre una rebanada de pan! ¡Vamos, monta en tu caballo y partamos a ver qué pasa!

¹ Así es como los francos llamaban a los Ismailíes.

² Deformación de *Allahu ákbar*, grito de guerra de los musulmanes.

Acompañado del *babb* Tabarín, Yauán se llegó hasta las murallas, y desde allí vio a Ibrahim, esperando, solo, delante de la puerta de la ciudad.

– ¡Vaya, si está aquí el hijo del Korani! –exclamó burlón Yauán– Y... ¿qué te trae por aquí? ¡Aparentemente has debido hacer las paces con el rey y ahora vienes a ampararte de la ciudad para entregársela como regalo de reconciliación!

– Dime, Yauán, ¿alguna vez has oído decir que Ibrahim no haya cumplido su palabra, o que haya traicionado un juramento? –replicó orgulloso Paladín de Doncellas– Por el Nombre Supremo de Dios, juro que no tengo ninguna intención hostil hacia vosotros, y, además, no me he reconciliado con el sultán. Ha sido mi lugarteniente Ali Ibn El-Shayyâh, el que me ha liberado.

– *Basta, babb* –susurró Yauán al oído de Tabarín–: Ibrahim, cuando jura por el Nombre Supremo, jamás miente. Así que, *ghandars*, ¡abridle!

Los patricios se apresuraron a abrir los cerrojos de la puerta, e Ibrahim penetró en la ciudad. Tabarín y Yauán le saludaron, e Ibrahim les explicó cómo había podido ser capturado. Luego, se fue corriendo adonde estaban los *fidauis* ismailíes y se instaló con ellos, después de contarles en detalle su captura y posterior liberación.

A la mañana siguiente, el sultán, después de hacer sus oraciones, se sentó en su trono y ordenó que fueran a buscar a Ibrahim. Un oficial se fue a transmitir la orden a Saad, que penetró en la tienda... y se dio cuenta de que su prisionero se había esfumado. Totalmente aturdido se presentó ante el sultán.

– Y bien, Saad, ¿dónde está Ibrahim? –le preguntó.

– ¡Perdón, *efendem!* Esta mañana, cuando entré en la tienda, Ibrahim había desaparecido...

– ¡Qué cosa tan extraña! ¿Estaba rasgada la tela de la tienda?

– No, *efendem*.

– Entonces es que, o bien os drogaron, o vosotros solitos os quedasteis dormidos como lirones.

– ¡No hemos pegado el ojo en toda la noche, y nadie nos ha drogado! –se empeñó testarudo el joven Saad.

– Bueno; pues entonces, dime, ¿por dónde se ha ido? –le volvió a preguntar el sultán, que ya estaba empezando a perder la paciencia.

– ¡Ah, pues, yo no tengo ni idea!

– ¿Y tú te crees que eso me basta como explicación, pedazo de imbécil? –estalló el sultán– No va a haber salido volando, ni se lo habrá tragado la tierra.

– *Aman padishâh* –intervino entonces Qalaûn–, este Saadek es la hermano de Ibrahim; yo saber ella lo ama mucho, entonces, puede ser que quitar las cadenas y decir: “Vete, yo hacer que no visto nada”.

– En efecto, es muy posible –reconoció el sultán–. Sí, Saad, solo tú puedes haber ayudado a Ibrahim a escapar.

Por más que Saad protestó alegando su inocencia, el sultán hizo que lo ataran y cargaran de cadenas, amenazándole con ejecutarle a él, en lugar de a Ibrahim. En esas andaban, cuando de pronto se abrió la puerta de Tiberíades y vieron aparecer a Ibrahim montado en su semental de Saljad.

– ¡Que Dios te recompense, Saad! –le dijo a voz y en grito– Me has hecho un inmenso favor liberándome anoche: ¡ahora ya nunca más dudaré de tu amistad!

– ¡Te juro que me las vas a pagar, Panza Búfalo! –bramó Saad.

– Escucha, *padishâh*, *hachyi tfawi* cómo hablar –comentó Qalaûn– Alabado ser el Señor, yo enseguida comprender, si no, todos, esta mañana, estar muertos sin saber por qué.

– ¡No digas bobadas, Qalaûn! –le cortó en seco el visir Shâhîn– Sabes mejor que nadie que a esos dos les encanta gastarse bromas estúpidas. *Efendem* –prosiguió el visir, dirigiéndose al sultán–, si Saad ha sido cómplice en la evasión de su primo, yo también quiero ser condenado como cómplice.

– Tienes razón, Shâhîn –aprobó el sultán– Saad es un pobre simple sin malicia alguna. Y, además, si de verdad le hubiera ayudado a escapar a Ibrahim, a buen seguro que éste no lo habría vociferado a los cuatro vientos, como acaba de hacer.

El sultán ordenó liberar a Saad, luego, se dispuso, una vez más, a enfrentarse al desafío del rebelde.

– Concédeme una gracia, *efendem* –se interpuso Saad– Dígnate ordenar al servidor que está ante tu puerta, a tu palafrenero, que vaya a decirle dos palabritas a esa bola de grasa de Panza Búfalo.

– ¿Te crees que das la talla como para medirte con él? –le respondió el sultán dubitativo.

– ¿Y por qué no iba a ser yo capaz? Con mi honda, le parto la cabeza, ya lo verás.

– Está bien, Saad, pues ve a ver, y no olvides que yo te estoy observando.

Encantado de oír estas palabras, el joven salió de su tienda, dando saltos como una gacela y fue a plantarse delante de su primo.

– ¡Anda, pero si es el rompebolas! –le recibió Ibrahim de esa guisa– ¡Salud, culo saltamontes! ¿Qué tal te va?

– ¡Ojalá que el buen Dios te reviente tu sucia boca, Ibrahim! –le vociferó Saad– ¿No te da vergüenza haber dicho que yo te había liberado? ¿Qué querías? ¿Que me mataran, o qué?

– ¿Y si me dijeras de una vez qué quieres, en lugar de tanto parloteo?

– ¡Vengo a romperte la crisma delante de tus tropas! –afirmó valiente el joven Saad.

– Escucha, Saad, mejor vuelve a tu sitio, y mándame al sultán –protestó Ibrahim–. ¡En esto de combatir, tú serías el primero en caer derrotado!

– ¡Vete a tomar vientos frescos, el derrotado lo serás tú! Espera un momento; no vayas a decir que Saad te atacó a traición.

Más ligero que el viento, Saad tomó distancia, colocó una piedra en la bolsa de su honda y comenzó a hacerla girar. Cuando la piedra golpeó en el flanco de la montura de Ibrahim, ésta se encabritó; su caballero quiso maniobrar, pero Saad interceptó al animal y lo trajo a su proximidad, como el halcón, que, tras la caza, vuelve al guante de su halconero.

– ¡Vigila tu derecha! –le gritó a Ibrahim, al tiempo que éste recibía una pedrada en el hombro derecho.

– ¡Ayyy! ¡Maldita sea, para ya, Saad, esto no tiene gracia! –protestó Ibrahim.

– ¡Cuidado, a tu izquierda! –le replicó a su adversario, y un nuevo proyectil le golpeó en el brazo izquierdo.

– Y ahora, ¡al frente! –continuó Saad.

Ante esas palabras, Ibrahim se agachó sobre el arzón de la silla, y, más vivo que un relámpago, hizo una finta y se colocó a sus espaldas. Se enderezó sobre los estribos e inclinándose hacia atrás, Ibrahim se dispuso a agarrar a Saad, pero, una vez más, su adversario se le había adelantado: ahora se movía delante de él, lo que aprovechó para arrancarle la brida de las manos. Dominado por un desconcierto total, al no saber por dónde le vendría el próximo golpe, Ibrahim tomó el único partido que le quedaba: volver a todo galope hacia Tiberíades.

– ¡Uhhhh, cobarde, gallina! –le gritó Saad, arrojándole una última pedrada que le alcanzó en medio de la espalda.

Presumiendo, como un pavo real, Saad volvió adonde el sultán.

– Dime, Comendador de los creyentes, ¿lo has visto todo bien? –se pavoneó Saad– Con todo lo grande y gordo que es, y no ha podido enfrentarse conmigo ni durante cinco minutos. Si no hubiera sido mi primo, y yo no temiera una fuerte disputa con mi padre Dibl y con Hasan El-Horâni, hoy, Ibrahim no habría salido bien parado de aquí.

– ¡No hay dos como tú, Saad! –aprobó el sultán.

Así que le concedió un manto de honor para reparar la humillación que le había infligido anteriormente; pero las azañas de Saad no habían conseguido disipar el mal humor del sultán, ni la irritación que le causaba el comportamiento de Ibrahim.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.42 – Shîha llega a tiempo